

si le hubieran encajado un golpe, pero se recuperó rápidamente. Julia seguía hablando alegremente.

—Esa es la que tiene que ver con un tren, ¿no? —la cortó él, algo irritado.

Silencio. Ella lo miraba con desconcierto. Al fin:

—No. Esa es *Demolición*.

—Ah.

De pronto se sentía incómodo. Se levantó y regresó a su carpeta, derrotado. Luego de clases, mientras caminaba a su casa, Fabio sintió cómo todo su ego, engordado por tantos años de sentirse mejor que los demás, se esfumaba. Era un fraude, ahora lo sabía. Julia era auténticamente original, era mejor que él. Al pensar en ella, sintió algo que no había sentido nunca en toda su vida.

Cuando llegó al local pidió lo que quería: rojo, corto. Mientras esperaba, visualizó el resultado en su mente y asintió. Tendría que ser un tono flameante, llamativo. "Después de todo, mañana seré la chica nueva y debo asegurarme de que nunca me olviden". Practicó una vez más caminar torpemente. Listo, eso era todo, ¿no? "A ver, ¿qué más? Ah sí, tengo que comprar un gorro".

DELIRIO

Pedro Hoyos

Un sonido punzante asesinó el sueño de Arturo. Lo levantó de golpe, como si hubiese tenido una pesadilla escalofriante. Estaba sudoroso y jadeante. Al principio tenía miedo, pero luego se calmó y su respiración volvió a la normalidad. "Mierda, son las nueve de la mañana". Efectivamente, era muy temprano para un adolescente como él, pero demasiado tarde para ir a la universidad. No lo iban a dejar ingresar a clases. Quería seguir durmiendo, pero de repente una voz dominante y conocida se lo impidió.

—¿Arturo?

—¿Qué carajos?

Él pensaba que estaba hablando consigo mismo, pero su aparato fonador accionó de manera errónea.

—¿Qué dijiste? ¡A mí no me hablas así!

—dijo su madre, un poco enojada—. Ven a desayunar, no quiero que te saltes otra comida, te vas a enfermar.

—No tengo hambre.

—Sé que sigues así por lo que ocurrió, pero no te...

—¡Tú no sabes nada! —dijo Arturo, interrumpiendo a su madre—. ¡Nadie sabe nada! Ni el psicólogo, ni el rector, ni Dios. ¡Nadie!

—Si sientes tanta culpa, ¿por qué no vas y lo arreglas todo?

—Ya es muy tarde—dijo bajando la voz.

No estaba retrasado, pero tenía miedo. La reacción de su amigo luego de no

haberlo visto era lo que lo aterrorizaba. Sentía pánico cada vez que se imaginaba la situación. Lo del retraso era una simple excusa.

—Cambiando de tema —dijo Marta—, ¿cómo te está yendo en la universidad? Sabes que no debes jalar.

—Madre, no voy a jalar nada, no te preocupes. Por cierto, iré a la calle.

—¿Ahora? Sabes que tienes cita con el psiquiatra.

—¿Con ese cojudo?!

—¿Qué te dije sobre hablar de esa manera?

—Disculpa. No iré a la cita con ese "psiquiatra"—dijo sarcásticamente—. ¡Piensa que sabe lo que tengo, pero no lo sabe!

Su madre ya estaba acostumbrada a este tipo de conductas de parte de su hijo. Arturo cambió de manera descomunal desde el día del accidente. Ya no era el mismo chico de antes, el joven que se escapaba de la casa, todo rebelde como los de su edad. Ahora un ente oscuro se había apoderado de su ser, al menos eso creía ella.

Llegó a un parque y se sentó bajo un árbol. Había llevado un libro consigo. Cada vez que leía se transportaba a una dimensión paralela, se olvidaba de todo. Desgraciadamente no pudo armar esa barrera provisional que lo salvaría de la locura. Un trabajador le obligó a que se retirara, solo hacía su trabajo.

Inmediatamente después los recuerdos iniciaron su faena diaria. Empezaron a carcomer la consciencia de Arturo. Lo atacaban una y otra vez. No lo dejaban en paz. "Fue mi culpa, ¡fue mi culpa!". Su cabeza le palpitaba, la sangre bombeaba intensamente. Poco a poco fue

perdiendo las fuerzas. Todo se tornó borroso para él. De repente se desplomó.

"¿Las chicas murieron? No, no es posible. ¿Y Juan? ¡¿QUÉ LE PASÓ A JUAN?!... No, no es posible. ¡NO ES POSIBLE!". Arturo despertó luego de dos semanas. No tenía daños físicos, pero sentía un peso tremendo en su interior. Culpa. Quería esconderse, tenía vergüenza de su existencia. Sentía asco de sí mismo, le repugnaba su propia presencia.

—Hijo, ya pasó. Eso ocurrió hace tres meses, antes de tu primer día en la universidad. Respira profundo. Cálmate...

De repente Arturo se sumergió en un sueño profundo. La morfina solo hacía su trabajo.

Estaba en camino. Pronto iba a llegar al hogar de una persona que él destruyó. No le preocupaba en lo más mínimo el examen final que acababa de entregar, eso era lo de menos. Él debía hacer lo correcto: pedir perdón, cuidar a su amigo, hacerle saber que siempre estaría a su lado. Estaba amenazado de muerte, la consciencia no perdona.

Estaba parado frente a la casa inmensa de fachada blanca, puertas de cedro y ventanas polarizadas. Casa que Juan heredó luego del deceso de su padre. Nunca conoció a su madre. Era un ejemplo de fortaleza. Lo era. Arturo aún conservaba las llaves de la casa, él le confió su hogar al igual que su vida. "Le fallé"—pensó. Su corazón bombeaba sangre de manera acelerada, sentía una presión tremenda. Sentía que no podía dar un solo paso más. Se armó de valor y abrió la puerta.

Arturo sintió que su alma le fue arrebatada de un golpe en la boca del estómago. Juan yacía colgado como un muñeco de trapo que fue olvidado por su dueño en la repisa. Quedar postrado en una silla de ruedas fue lo peor que le pudo pasar. Parecía esos enfermos de cáncer a los que les queda pocos días de vida. Estaba acabado. Era un títere indefenso sin su titiritero, no tenía vida.

¿Cómo pudo llegar allí? Tal vez fue obra divina, capaz se le cumplió el único deseo que imploraba desde el fondo de su ser. Seguro el viento lo mecía, mientras lo acurrucaba en sus cálidos brazos. Lentamente le susurraba al oído la melodía que todos escuchamos

al nacer. Poco a poco fue cerrando los ojos. Estaba en un sueño profundo del que nunca iba a salir, encontró la paz que tanto buscaba luego del accidente que lo destruyó.

Arturo se desplomó, no podía más. La consciencia solo hacía su trabajo.

Un sonido punzante asesinó el sueño de Arturo. Lo levantó de golpe, como si hubiese tenido una pesadilla escalofriante. Estaba sudoroso y jadeante. Al principio tenía miedo, pero luego se calmó y su respiración volvió a la normalidad. No quería levantarse, no quería vivir un día más en el mismo infierno.

—Cariño, es hora de levantarse. Debes asistir, es tu último día en el colegio.

EL HÍBRIDO

Fernando Moreno

La había conocido hace algunos días. Ella buscaba un lugar donde quedarse y mi casa era lo suficientemente grande como para dos o quizá tres personas, solo personas, tal vez una pequeña mascota, pero nunca nada como aquella monstruosidad. Su horridez aún habita en mis sueños y está ahí, persiguiéndome noche tras noche. Incluso he llegado a pensar que me he vuelto un orate, pero no, loco de amor puede ser, pero no orate, no.

Estaba tratando de arreglar algunas cosas en mi departamento cuando recibí una llamada. Por lo pronto era una voz femenina, dulce, suave. Se oía algo quebrada, como si hubiera estado llorando. Me preguntó cómo estaba organizado el espacio y le dije que se acercara para que pudiera contemplar las habitaciones. Le di la dirección y antes de colgar me comunicó que traería consigo una mascota pequeña y que vendría en algunos días. Dudé, pero acepté.

Al cabo de una semana sonó el timbre. Me acerqué al ojo mágico para asegurarme de que no fuera nada peligroso. Siempre he sido precavido, algo nervioso, pero nunca un demente o un loco.

—¿Sí? —dije.

—Buenos días, hace poco llamé para preguntar por este piso y...

—Un momento —no tardé en quitar las cadenas.

Era una chica muy guapa, no pude notar defecto alguno a simple vista.